

Carta vocacional

– Octubre 2009 –

Queridas hermanas, el gran desafío de acompañar en el discernimiento vocacional, nos plantea cuestionamientos sobre nuestro estilo de acompañar en general, acompañar espiritualmente y pastoralmente. El acompañamiento vocacional no está separado de estos otros modos de acompañar, sino que brota del ejercicio continuo de ellos. Es decir, cuanto más nos dediquemos a acompañar espiritual y pastoralmente, más posibilidades tendremos de acompañar vocacionalmente. Cuanto más gastemos el tiempo y las energías en acompañar, más brotarán las vocaciones a la vida de Pastorcita, y tendremos la oportunidad de acompañar vocaciones para toda la Iglesia. Una humanidad solitaria y vacía como la que se presenta hoy, ¿no está reclamando justamente de nosotros el acompañamiento, el encuentro, el diálogo profundo? ¿No habremos llegado aquí porque descuidamos estos aspectos pastorales en otro tiempo? Tal vez iluminadas por la Palabra de Dios, encontremos una vía de reflexión al respecto.



Nos dice el evangelio de Marcos que Jesús “subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso” (3,13), Lucas nos aclara que estuvo allí toda la noche en oración. La montaña nos recuerda al monte santo, allí donde Dios se revela, donde revela su Nombre “Yo soy” La montaña nos recuerda también el lugar de la Alianza, el lugar en que el Señor regala a su pueblo la Ley, los Mandamientos. Desde una montaña Moisés ve la Tierra Prometida. La montaña, el monte, son signo del encuentro con Dios, el lugar en que se definen las cuestiones más importantes de la vida. Es un lugar vocacional, un lugar teológico. Un lugar que nos eleva, que nos hace subir, que nos provoca asombro y temblor por su imponente panorama, un lugar que nos hace sentir criaturas, en nuestra justa imagen delante del Creador. Es el lugar del silencio donde podemos encontrarnos a nosotros mismos y meternos en la profundidad del abismo interior. Y finalmente un lugar que nos permite contemplar, ver más allá de nuestros ojos, más allá de lo visible y contingente, nos permite trascender.

Allí se dirige Jesús y se queda en oración. Todo nos dice que estamos ante algo muy serio, intensamente vivencial y decisivo.

Jesús lleva a ese lugar a sus amigos, a los que quiso. Jesús los llama por su nombre a cada uno y hace que lo acompañen. Podríamos decir que los sumerge en una atmósfera de intimidad divina. Todo está preparado para este encuentro, el silencio, los vínculos de amistad, la naturaleza, el paisaje, los aromas, la luz, la roca. Jesús utiliza todo como recurso vocacional. Toda vocación está inmersa en el proyecto amoroso del Padre, y allí no hay nada que sea mera casualidad, todo encuentra sentido. Allí, es donde Jesús quiere que estén con Él, ahora. Y nos dice Marcos que “Ellos fueron hacia Él” (v13).

- ¿A qué lugar teológico llevamos a las personas que acompañamos?
- ¿Cómo es nuestra intensidad y profundidad de diálogo en el acompañamiento?
- ¿Conocemos la experiencia de “estar en la montaña” antes de conducir a ella?

“Jesús instituyó a los Doce”. Este nombre con que son designados los Apóstoles (Lc. 6,13) nos recuerda la historia de las Doce tribus de Israel que nos manifiesta la totalidad del Pueblo elegido. Podemos mirar este Nombre como la continuidad de la historia de salvación que vivió el Pueblo de Israel y ahora ha llegado a la plenitud de los tiempos en Jesús. Esto nos habla de la amplitud con que tenemos que mirar cada vocación. Toda vocación es historia de salvación personal, comunitaria, eclesial y para toda la humanidad. No podemos hablar de una vocación como una opción por descarte. No podemos medir simplemente un camino vocacional con la lógica humana, con nuestros cálculos, con la realización de nuestros proyectos, personales o congregacionales, según nuestras conveniencias.

“Si no existe quien cultive, las vocaciones se perderán y morirán por falta de cultivadores”.

(P. Alberione, PrP, 1950, p. 105)

Es una responsabilidad muy grande acompañar una vocación. Más que una responsabilidad es también una vocación. Acompañar significa ponerse al lado de quien camina buscando la voluntad de Dios, y descubrir juntos el camino del Espíritu, el gran protagonista de toda historia vocacional.

Esta totalidad de la que nos habla la expresión “los Doce” también nos enseña que nadie queda afuera del plan de Dios, sino que todos se integran desde la diversidad en la unidad (v 16-18) que realiza el Espíritu, incluso a quien traiciona esta vocación (v 19). Por lo tanto no podemos arrojarnos simplemente el poder de seleccionar o descartar personas con rapidez como si se tratara de meros formularios o como en un *reality show*, donde quedan seleccionados los más votados por simpatizar con el público, o los que logran alcanzar determinado nivel de “eficiencia”. No podemos descartar personas porque simplemente han pasado la edad sin haber hecho un seguimiento en busca de lo que Dios quiere y donde Él quiere a esa persona; no podemos dejar abandonadas en el camino personas porque no tienen nuestra vocación de Pastorcita, si acompañamos tenemos que aprender a acompañar a todos los que Dios nos confíe. Tenemos que conocer y tomarnos el tiempo para ello. No podemos seguir una mentalidad tan estrecha. Aunque nos sobrarian vocaciones y nuestras casas estuvieran llenas de aspirantes, debemos continuar trabajando por todas las vocaciones.

- ¿Cómo actuamos frente a la diversidad? ¿Integramos al que es diferente o lo descartamos?
- ¿Nos abrimos a la novedad de los que vienen a nosotros o los miramos con sospechas?
- ¿Consideramos que el otro distinto a mí, es una riqueza? o ¿lo tratamos como un peligro para la seguridad de lo que ya construimos?
- ¿Sabemos dialogar con quienes tienen criterios diferentes a los nuestros?
- ¿Estamos convencidas de la riqueza de la complementariedad? ¿Cómo lo vivimos en la vida cotidiana? ¿Agradecemos este don o lo sufrimos?

¿Para qué? ¿Para qué gastar nuestro tiempo y nuestras energías en acompañar? ¿Para qué dejar otras pastorales y dedicarnos a acompañar a las personas? Tal vez Marcos nos respondería “para que estuvieran con Él” y “para enviarlos a predicar, con el poder de expulsar a los demonios” (Cf. Mc. 3, 14-15).

La humanidad espera con gemidos que sólo Dios sabe escuchar y comprender, espera

personas que sepan estar con Dios en su monte santo, que sepan guiar a las cosas de Dios, que ayuden a dejarle a Dios espacios en la vida cotidiana, que sepan mostrar con sus vidas la intimidad del encuentro con Dios que es amor. La humanidad de hoy necesita personas que le enseñen a “estar con Él”.

También necesita predicadores que con sus palabras, con sus obras, con sus gestos, con sus vidas, pongan luz en las tinieblas, que susciten la fe y expulsen las fuerzas del mal, del pecado y de la muerte.

¿Cuál es, entonces, el sentido de toda vocación? Estar con el Señor y salir al encuentro del hermano como lo haría Él. Así de simple.

- ¿Qué sentido damos a una vocación? ¿Qué decimos sobre esto a las generaciones jóvenes?
- ¿Dónde ponemos la fuerza cuando nos preguntan sobre el “para qué” de una vocación y de un camino de discernimiento vocacional?

“Aumento de vocaciones, sí ¿Por qué? Porque el pueblo está sediento y necesita de personas, pero más necesarias son las vocaciones (...) Y ¿existe un número suficiente de pastores y de Pastorcitas? ¡Oh, estamos muy lejos!, ¡Rezar, rezar! Con fe”.

(P. Alberione, AAP 1966, 242)

Bendiciones y mucho espíritu vocacional para todas.

Hna. María de los Ángeles